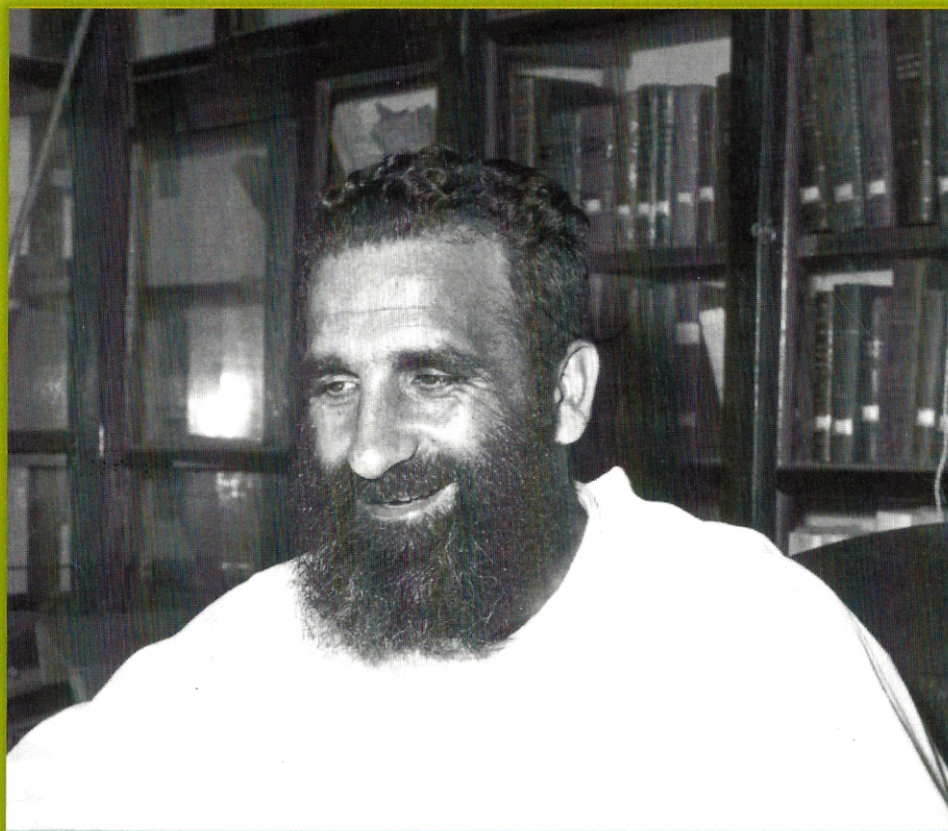


DETALLES DE UNA VIDA

P. Francisco Álvarez:
Fundador de la Misión de Sepahua



Ángel Pérez Casado, O.P.

Ángel Pérez Casado, O.P.

DETALLES DE UNA VIDA

*P. FRANCISCO ÁLVAREZ:
FUNDADOR DE LA MISIÓN DE SEPAHUA*

Ángel Pérez Casado, O.P.

DETALLES DE UNA VIDA

*P. FRANCISCO ÁLVAREZ:
FUNDADOR DE LA MISIÓN DE SEPAHUA*

Derechos reservados

© Centro Cultural José Pío Aza - Misioneros Dominicanos

© Ángel Pérez Casado

Centro Cultural José Pío Aza

Jr. Callao, 562

Lima 1 - PERÚ

Telefax: (511) 331-0771

Correo electrónico: informes@selvasperu.org

Página web: www.selvasperu.org

Serie "Personajes", Nº 7

Diseño editorial: Rafael Alonso

Fotografías: Archivo de Misioneros Dominicanos

Impresión: GRAFIMAG

Jr. Ica 713 - Lima

ISBN: 978-612-45463-6-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: Nº 2011-04111

Primera Edición

Lima, Abril del 2011

*A Alfredo Encinas, inolvidable compañero y amigo,
bajo cuyo ánimo e inspiración hemos escrito este libro
en homenaje y deuda a otro gran misionero:
el Padre Farruco*

Índice

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. DETALLES DE UNA VIDA

1. CRONISTA DE UN VIAJE A LA UTOPIA MISIONERA
2. PRIMEROS PASOS MISIONEROS: QUILLABAMBA, CHIRUMBIA, KORIBENI
3. LA GRAN MISIÓN: FUNDAR EN SEPAHUA
4. VIDA DE GITANOS
5. PRIMEROS PASOS EVANGELIZADORES
6. AMISTAD CON LOS FRANCISCANOS. EL P. ALEGRE
7. HACIENDO DE BRUJO O CURANDERO
8. LLEGADA DE LAS MISIONERAS SEGLARES Y DOMINICAS

9. VICARIO PROVINCIAL DE LAS MISIONES
10. EXPEDICIÓN AL PURÚS

II. LEYENDAS Y ANÉCDOTAS DE LA AMAZONÍA

1. LOS ÚLTIMOS CAUCHEROS
2. TRÁFICO DE MENORES
3. EL PENAL DEL SEPA
4. TANGANAS, REMOS Y FLECHAS
5. ROTURAR EL CAMPO EVANGELIZADOR. OTRO ESTILO DE MISIÓN
6. ROSARIO EN LAS PLAYAS

EPÍLOGO COMPLETO

Presentación

Pocos meses antes de morir el P. Alfredo Encinas, se lamentaba que no hubiera escrito nada acerca del P. Francisco Álvarez, más conocido entre sus compañeros como el *P. Farruco*. Para este trabajo, Alfredo me había entregado hacía tiempo una copia del Diario del P. Francisco: unos doscientos folios escritos a máquina, bien compactos.

Habiendo terminado de redactar el libro, no tardé mucho en decidirme para que el prólogo llevara la firma del mismo Alfredo, ya que, aunque fallecido hace más de un año, ha dejado un retrato inmejorable de la personalidad del P. Farruco en su novela *Sepahua. Babel del Amazonas*. Envueltas en las palabras imaginativas de la novela se encuentra la realidad más fiel de lo que fue el P. Francisco.

El misionero, aunque ya sobrepasaba los ochenta años, todavía trasmitía la sensación de ser una persona en plenitud de sus facultades. Su barba, entrecana y descuidada, caía descuidada sobre su pecho, y sus ojos, movedizos, brillaban en el fondo de un profundo cráter que conformaban sus pobladas cejas y tres pronunciados círculos de ojeras que, como en los árboles, habían ido apareciendo en el transcurso de los años. De

la infancia, transcurrida en la montaña asturiana, y, sobre todo, de los años de la juventud, en los que deambuló por la sierra madrileña disparando morterazos a las nubes por miedo a que los impactos causaran víctimas en el bando de los llamados rojos, le venía al anciano una notable dosis de socarronería que los más de cincuenta años de convivencia con la selva amazónica y con sus habitantes no habían hecho más que incrementar. Era un experimentado conversador que utilizaba con gran habilidad su todavía fresca memoria, introduciendo en la conversación las mil y una anécdotas que desde 1947, año en que llegó por primera vez a la desembocadura del Sepahua, habían jalonado su azarosa y, a veces, divertida existencia. Cuando, cincuenta años atrás, desembarcó en aquel pequeño territorio, tan sólo vivían en él víboras y tigres mientras que, ahora, era el asiento del caserío más dinámico y poblado del Bajo Urubamba, un poblado en el que sus mil trescientos habitantes se peleaban y comunicaban en siete idiomas distintos...

Al anciano misionero la conversación mantenida con sus compañeros le amargó la siesta. Instalado en su hamaca, llegaban hasta él, una y otra vez, las palabras de su compañero Rafael, recriminándole que era un constructor de sueños imposibles. El se sentía ya viejo, con más pasado que futuro, pero, ¿por qué mientras unos compañeros le acusaban de soñador otros lo declaraban como el gran cacharrero de las misiones? Para algunos de ellos, su vida había estado dedicada a montar aserraderos, reparar motores de río, rescatar de todos los cementerios mecánicos los más extraños artilugios e intentar repararlos, engrasar y hacer funcionar carabinas del tiempo del caucho... Para otros, por el contrario, él era maestro en construir sueños imposibles, levantar la babel del río, desencadenar tragedias bañadas en sangre, embarcarse en viajes sin destino... ¿Quién era él? Sueños siempre he tenido, reconocía el anciano, de lo contrario ¿cómo ser libre sin soñar? Es verdad que la selva devora los sueños, pero, aunque ya sea viejo, necesito todavía seguir soñando. Hasta la muerte. ¿Estará ya próximo ese día? Rafael con sus palabras intenta matar mis sueños; no se da cuenta que el día en que abandone mis sueños moriré.

Alfredo Encinas Martín, O.P.
Sepahua, babel del Amazonas

Lima. 2008

Introducción

Dividiremos la introducción en dos partes: La primera consiste en una síntesis biográfica con las fechas claves de su vida, y en la segunda trataremos de aclarar el método que hemos seguido a la hora de dar a conocer lo que nosotros creemos fundamental de su interesante diario.

Una aclaración previa: Aunque prácticamente todo lo reseñado en estas páginas está recogido de su diario, algunos párrafos los hemos puesto entre comillas y versalita por ser copia literal del texto. También nos hemos permitido alguna corrección de tipo redaccional para simplificar y hacer más clarividente el texto; tengamos en cuenta que el P. Farruco, escribía en muy limitadas condiciones de lugar, tiempo, y después de jornadas muy duras de trabajo.

Síntesis Biográfica

Francisco Álvarez García, nació el 15 de Abril de 1915 en Bendueños (Concejo de Pola de Lena, Asturias-España). Ingresó en 1926 en la Escuela Apostólica de las Caldas de Besaya, pasando posteriormente en 1931 a Corias. Toma el hábito en 1932 en el Convento de San Esteban en

Salamanca. En 1936 es incorporado al ejército que se debate en la guerra española. Es herido en el frente de Madrid y cuando logra recuperarse es destinado a la Sección de Recuperación de Documentos, siendo licenciado en 1939. Regresa, después del paréntesis de la guerra, a proseguir su formación religiosa en el Convento de San Esteban de Salamanca. En 1940 realiza sus votos solemnes, recibiendo el presbiterado en 1941, y permanece dos años más en Salamanca para concluir sus estudios de Teología. Destinado a la Escuela Apostólica de Corias en 1943, apenas estuvo un año, ya que al año siguiente es destinado al Perú con otros cinco frailes.

Quillabamba es su primer destino; estuvo un par de años en La Granja de Misiones como subdirector de un internado de sesenta muchachos, de los cuales la mitad pertenecían al grupo machiguenga; de La Granja pasó a Koribeni donde estuvo hasta 1947, en que recibió el encargo de fundar la misión de Sepahua en el Bajo Urubamba. En 1950 es nombrado primer capellán de la Colonia Penal del Sepa y Director de la Escuela Elemental del Sepahua. En Julio de 1956 es nombrado Vicario Provincial de Misiones. Organiza una expedición al río Purús, situado en los confines del Vicariato, cerca de la frontera del Brasil. En este viaje enferma de paludismo, teniendo que ser evacuado a Lima.

Regresa a España en 1958, asistiendo al Capítulo Provincial, donde presenta la renuncia a su cargo de Vicario del Perú. Permanece un par de años en España recomponiendo su salud, a la par que atiende a las monjas de clausura de Casalarreina primero, y posteriormente a las de Cangas de Narcea. Vuelve al Perú en Agosto de 1960, siendo destinado a la misión de Sinthuya en la que permaneció poco tiempo, ya que en 1961 lo vemos nuevamente como capellán del Sepa, que posteriormente atenderá desde la misión del Timpía. En 1966 es destinado a la Vicaría de México, donde ejerce el apostolado en diversos destinos, regresando a España en 1975 y siendo destinado al Convento de Oviedo, aunque por una temporada atiende la Capellanía de las Monjas de clausura de Vivero (Galicia).

Por tercera vez viaja al Perú en 1977, siendo destinado a la misión de Shintuya donde permanece un año para regresar a Quillabamba, atendiendo sobre todo el despacho parroquial hasta 1992, en que una larga enfermedad lo dejó postrado por completo. Fallece el 9 de Abril de 1997, con mucha paz y serenidad.

Diario del Padre Farruco

Antes de seguir adelante tengo que aclarar que si con frecuencia he optado al hablar del protagonista de nuestra historia por el apodo de *Farruco* en lugar de su nombre de pila Francisco, es porque consultando el diccionario de sinónimos se enumeran los siguientes: *valiente, atrevido, audaz, insolente, osado, animoso, impávido...*, que encajan perfectamente con la personalidad



PP. Francisco y Ricardo Álvarez, en Sepahua. 1953

DETALLES DE UNA VIDA

1. Cronista de un viaje a la utopía misionera

Como observación previa a su diario, y en general sobre todos los relatos que hace de sus experiencias en la selva, hay que dejar anotado que el P. Farruco fue un excelente reportero de la realidad, con tendencia al humor mezclado con cierta ironía, a *sonreír socarronamente*, ante situaciones tensas en las relaciones humanas, y al hablar de algunos de los personajes que aparecen en sus escritos.

Exponente claro de sus cualidades de narrador es el relato de su primer viaje al Perú del cual haremos una apretada síntesis. El 28 de Agosto de 1944 en compañía de dos Padres, tres Hermanos de Obediencia, y cuatro misioneras Dominicas del Santísimo Rosario, embar-

ca en Santurce (Santander) en el trasatlántico «Cabo Buena Esperanza».

A causa de los conflictos de la segunda guerra mundial, el control de los pasajeros era muy estricto y meticuloso antes de emprender el viaje. En uno de estos aburridos trámites el P. Farruco se consuela *porque felizmente no les hubieran tomado las huellas digitales de los pies...*, ya que *las de las manos tuvieron que ponerlas dieciocho veces*.

Durante el viaje tuvo oportunidad de comprobar el candor de las Hermanas Misioneras Dominicas, que sin atenerse a las rígidas normas *de no llevar cartas ni encargos personales en estos viajes*, habían quebrado uno de los estrictos requisitos de los viajeros. Ellas justificaron la infracción por ser un mandato de *la Reverendísima Madre* a la que tenían que obedecer. No había otra respuesta y otra posibili-

dad de sacarlas de esa fiel obediencia. Al final, el responsable de la inspección *tuvo que callar y sonreír* ante la sencillez de las buenas misioneras, echando una mirada superficial sobre el equipaje que llevaban al Perú.

También cuenta el P. Francisco, *los apuros de un dominico argentino que presumía que en la inspección del barco que iban hacer los ingleses le iban a tratar bien*, porque su hermano, Oficial del Ejército Argentino, era muy anglófilo. Como casi siempre el P. Farruco, con humor un poco negro, cuenta que al fraile argentino lo tomaron por *un espía disfrazado de fraile*, y lo pasó bastante mal en los minuciosos chequeos e interrogatorios que le hicieron, hasta que tuvo la suerte que requirieran al P. Farruco para aclarar el asunto, cosa que hizo con suma habilidad quedando libre de sospechas el fraile argentino, aunque notablemente enfadado.

Mientras alguno de sus compañeros se dedicaba intensivamente a labores del ministerio pastoral, el P. Farruco entre mareos y vómitos que no le dejaron en toda la travesía, tuvo ocasión, entre otras cosas, de jugar unas partidas de ajedrez con una señora que *afirmaba saber jugar muy bien*. A las primeras de cambio en tres veces el P. Francisco *le dio el mate pastor*. La señora aprendió a jugar mejor al ajedrez con las lecciones que le dio el P. Farruco que con todos los libros que llevaba sobre dicha materia.

Al cabo de cincuenta días de navegación llegaron a Argentina, habiendo hecho antes escalas en Brasil y Uruguay. En todos estos lugares fueron muy bien recibidos por los herma-

nos dominicos. Desde Argentina, por tierra, se encaminaron primero a Bolivia y luego ya al Perú. El P. Farruco celebró con alivio el no tener que volver al trasatlántico, ya que junto a una hermana dominica y la cantante Conchita Piquer, fueron los que más se marearon.

El viaje de Argentina a Bolivia lo hicieron en tren, acompañados de un grupo de catorce niños que venían de España como aspirantes a ser misioneros franciscanos en el Perú. Y si nuestros misioneros viajaban modestamente, los niños, futuros apóstoles franciscanos, lo hacían en las clases más económicas, teniendo que dormir durante los cuatro días que duró el viaje en los asientos de viajeros, después de haber cruzado el atlántico en un ascético viaje de clase turista. Al menos nuestros misioneros camino de Bolivia pudieron descansar en un coche-cama.

Ni que decir tiene que nuestro misionero observaba todo lo que veía con sorpresa y admiración en el país andino boliviano: muchachos desarrapados, paisaje de altas cumbres nevadas, llamas, alpacas... A todo esto hay que añadir el agradecimiento a la fraternal hospitalidad de los franciscanos en cuyo convento de La Paz se alojaron durante dos días.

Dispuestos a realizar el último tramo del viaje para llegar al Perú, cruzaron el gran lago Titicaca, situado a una altura de 3.850 metros sobre el nivel del mar y con una extensión de 8.000 km². Al fin, nuestros misioneros y misioneras llegan a tierras peruanas. En Puno, nos dice el P. Farruco, nos esperaba *un fraile dominico envuelto en su capa negra: El P. José M^a*

García Graín que nos recibió con los brazos abiertos. Era este Padre un viejecito algo flaco y bajo, picado o borrado de viruelas, y pronto vimos que también era bastante renegón pero simpático. Más adelante cuando el P. Graín sea obispo y máxima autoridad del Vicariato tendrá más de un enfrentamiento con él a causa de algunos problemas misioneros.

2. Primeros pasos misioneros: Quillabamba, Chirumbia, Koribeni

El primer destino del P. Farruco fue la Granja de Misiones de Quillabamba, adonde debió llegar a finales del año 1944. La Granja tenía una superficie de sesenta hectáreas, y se había creado con el fin de instruir a los nativos en tareas agrícolas y ganaderas, llegando a ser un modelo de explotación y consiguiendo premios nacionales en agricultura y ganadería.

El P. Francisco fue nombrado subdirector de la Granja y encargado de un internado de sesenta alumnos de los que la mitad eran del grupo machiguenga y el resto *mestizos huérfanos o abandonados que entregaban a los Padres para la educación.*

En la Granja se inició en el aprendizaje de su trabajo misionero. A la par que el anuncio del mensaje evangélico, había que cuidar las fuentes imprescindibles del sostenimiento material del puesto misionero, como proteger al ganado (vacas, cerdos, gallinas...) de los murciélagos que causaban heridas donde las moscas

depositaban sus larvas, generando en poco tiempo una tremenda gusanera que mataba a animales tan poderosos como el tigre. Igualmente aprendió a combatir la plaga de hormigas kukis, que podían acabar en una noche con las hojas de naranjos, limoneros, rosales, yucales, etc.; incluso en un plazo de tiempo no muy largo con los muebles y entarimados de la casa. También supo del peligro que suponían los mosquitos que transmitían el paludismo, cuya enfermedad padecieron la mayor parte de los misioneros, como le sucedería al P. Farruco en una de las expediciones.

Acompañaba a los internos en los trabajos del campo y en el cuidado de la ganadería, sintiéndose orgulloso de la numerosa banda de cornetas y tambores integrada por los alumnos de la Granja, que encabezaba todas las fiestas y desfiles de Quillabamba. Comprobó que a estos hijos de la selva y de los quechuas les sobraba el calzado; los internos de la Granja solo usaban el calzado para jugar al fútbol, cuando se anunciaba la visita del obispo, o cuando visitaban a sus familiares. Andaban más ligeros a pie descalzo.

Conoció en la Granja a un Hermano de Obediencia llamado Fray Francisco Álvarez, santo varón, hermano del gran misionero P. José Álvarez, del que nos trasmite una anécdota que más bien parece una florecilla: *Tenía este Hermano la costumbre de estar en todas las partes rezando a media voz, y cuando se creía solo en alta voz porque además era algo sordo. Me hacía mucha gracia los muchachos que ayudaban a ordeñar y limpiar los establos cuan-*



P. Francisco Álvarez acompañado de matrimonios piros y amahuacas

do les sorprendía imitando a Fray Francisco: 'Dios te Salve María, ¡quieta cachorra!, llena eres de gracia, ¡vamos, vamos cachorra! El Señor está contigo', etc. A cada frase mezclaba las advertencias al animal.

Participó también en el recorrido pastoral-sacramentario, que se solía hacer al menos una vez al año por los pequeños poblados de quechuas situados en todo el amplio Valle de La Convención. Una vez más nos ofrece una ilus-

trativa anécdota del sacrificio que suponía para los misioneros esta misión de retaguardia:

Lo que más molestaba en las novenas era la música que tocaba día y noche sin parar. No me explico como aguantaban tanto los músicos. Cobraban bien pero les sacaban también el jugo a los pobres músicos. Solían llevar arpas enormes, guitarras y tambores. Cuando se ponían a tocar cerca de la habitación donde nos alojaban era

casi imposible dormir. Al P. Elías Murguizu le pasó así en una hacienda que fue a celebrarles la novena. Como no le hicieron caso de que se fuesen más lejos, salió y agarrando la guitarra al que le tocaba le dio tal golpe con ella que se la metió por la cabeza. Al año siguiente fui hacerles la misma novena y me dijeron que el año anterior había llegado un Padre muy bravo que se enojó mucho.

En Chirumbia y Koribeni, aprendió a proveerse de la gran despensa del río, que le resultará imprescindible en sus próximas expediciones, y también a descubrir que en los viajes nunca hay que tener prisa; el tiempo no cuenta.

Como punto final de su presencia en el alto Urubamba, recibió en Koribeni la consoladora visita del P. Manuel Suárez, Superior General de los Dominicos y paisano suyo, con quien de vez en cuando se carteaba, y quien había encaminado al P. Farruco para ingresar en la Orden. Agradeció mucho la visita del P. Suárez a Koribeni, que en aquellos tiempos supuso tres incómodos días de viaje de ida y otros tres de vuelta.

3. La gran misión: Fundar en Sepahua

Los preparativos

Desde los primeros años de la fundación del primer puesto en la cuenca del Urubamba, Chirumbia, los misioneros habían intentado una y

otra vez penetrar más profundamente en la selva, primero fundando algún puesto misionero más próximo a la puerta natural de la misma: el Pongo Mainique. Por una u otra razón no se llegó a consolidar ese Puesto y tampoco se había llegado a nada concreto más allá del Pongo Mainique, aunque el P. Ferrero hizo una buena exploración del río Urubamba hasta los confines de nuestras misiones con las de los franciscanos por encargo de Monseñor Enrique Álvarez.

Un buen día –nos cuenta el P. Farruco en su diario- llegó el P. Ciordia a la misión de Koribeni con una tarjeta de visitas que me escribía el P. Vicario, Casimiro Jiménez, en la que se me decía saliese enseguida porque me habían designado para ir a fundar una nueva misión en el Bajo Urubamba....

El P. Casimiro, justificó la causa de su elección: ... *porque el Ministerio del Aire quería que hiciésemos un campo de aviación donde fundásemos la Misión, y como sabían que era algo cacharrero y entendía algo de motores y de máquinas me mandaba para que dirigiese aquellos trabajos.*

Rápidamente viajó a Cuzco donde le esperaba Monseñor Enrique Álvarez, que le confirmó en lo que le había comunicado el P. Casimiro, y le entregó el documento de la erección de la nueva misión que puso bajo la advocación y patrocinio de Nuestra Señora del Rosario, quedando en ir él personalmente en tiempo de la estación de secas para inaugurar solemne y canónicamente la nueva Misión. Le acompañaría en este nuevo trabajo misionero el P. Do-

mingo Elorza, que le esperaba en Lima, donde juntos acudirían a los talleres del Ministerio de Aeronáutica para recibir un cursillo de aprendizaje para el manejo de radio, generador, y algunas otras instrucciones mecánicas imprescindibles en el aislamiento de la selva. Todos los planes de ayuda para la entrada a la selva y de construir una pista de aterrizaje se vinieron abajo, a causa de un terremoto en la zona de Satipo y Puerto Ocopa, que requirió el hidroavión que les iba a llevar hasta Sepahua. El posterior cambio del mando militar responsable del apoyo a la futura misión del Sepahua acabó con el resto de las proyectadas ayudas.

Informado de todos estos inconvenientes y ante la proximidad de la época de lluvias, Monseñor Álvarez, manda regresar al P. Elorza y al P. Francisco a Cuzco, desde donde deberían integrarse a sus puestos misioneros de donde habían salido. Pero el P. Farruco no se resignó, escribiendo a Monseñor, proponiéndole viajar él solo para ponerse en contacto con los misioneros franciscanos, vecinos de nuestro territorio misionero, con el fin de ir adelantando las cosas. El P. Farruco justificaba el prescindir de su compañero, *porque yendo uno solo encontraría mejor acomodo en cualquier parte*. El obispo dio por buena su proposición, cosa que parece no le gustó mucho al P. Elorza que estaba ilusionado en el viaje de la fundación del Sepahua.

Con dos maletas llenas de cosas: anzuelos, machetes, algunas latas de conservas..., y seiscientos soles, el P. Farruco voló hasta Pucalpa, alojándose en la casa que tenían los francisca-

nos como apoyo a la que tenían en Atalaya, junto al río Tambo, ya en plena selva. En Atalaya le recibió el franciscano P. Pascual Alegre con el que a partir de entonces le uniría una fraternal amistad.

El veintiséis de diciembre de 1947 en la embarcación de uno de tantos aventureros españoles, un catalán llamado Sibina, que vendía mercancías en los poblados de la selva, tuvo la oportunidad de surcar el río Urubamba y aproximarse hasta la desembocadura del río Sepahua. Este viaje que tan solo era para ir conociendo el lugar de la futura misión, le valió para experimentar el peligro de la tremenda fuerza del río en época de lluvias que arrastraba *troncos y árboles, formando el cauce una palizada compacta de una a otra orilla*.

También le valió para conocer la vida, trapi-cheos e intrigas de los comerciantes y hacendados que tenían sus negocios en las márgenes de los ríos. Con ellos tendría que convivir de la mejor manera posible y en ocasiones enfrentarse. Al regreso a Atalaya se hizo cargo de la parroquia del P. Alegre durante tres meses, ya que aprovechando las vacaciones del verano, el Padre franciscano viajó a Lima para hacer gestiones ante el Ministerio de Educación, pues era también Director del Centro Escolar Oficial del Estado. Por otra parte, era un peligro andar por los ríos en época de lluvias.

En los primeros días de Abril de 1948, llegaron a Atalaya cuatro piros del Sepahua, peones de un hacendado llamado Basagoitia, presentándose la oportunidad para viajar con ellos hasta Sepahua. En este viaje, surcando el río

Urubamba a golpe de tangana, con una velocidad de cinco o seis kilómetros por hora, el P. Farruco comprobó, tal como le había dicho el P. Alegre, que no necesitaba comprar víveres, porque el río y el monte eran la mejor despensa. Así que con un racimo de plátanos, azúcar, y sal, que le dio el P. Alegre, y un frasco de nescafé que él compró, emprendió el viaje.

sólo en el manejo de la canoa, sino en la manera de organizarse a la hora de llegar a una playa para pasar la noche: mientras unos pescaban, otros iban al monte a por leña, otros limpiaban el pescado y preparaban los plátanos, poniéndolos en dos ollas de agua hirviendo. Construyeron dos tambos o pequeñas chozas con cañas y hojas para protegerse de la lluvia caso que la hubiera.

Constató también la habilidad de los piros, no



En Santa Clara, acompañado de Mons. Javier Ariz y grupo de familias piras

Todos estos trabajos los hicieron sin decirse una palabra como gente habituada a hacerlo ordinariamente. Después supe que era la costumbre de hacer todas esas cosas, cada uno las suyas propias según iban colocados en la canoa al atracar para descansar en la noche. Y todos los días hacían lo mismo y con la misma rapidez; todo lo más que tardaban era media hora...

Otro mundo que empezó a conocer fue el de los hacendados, madereros y comerciantes que pululaban por el río. La mayoría eran aventureros venidos de fuera del Perú que trataban de hacer fortuna rápidamente abusando de la mano de obra barata, cuando no esclava, del nativo, al que menospreciaban y del que desconfiaban, ya que algunos de los abusivos patrones habían sido matados por sus empleados. Con ellos tuvo que convivir, ya que en las soledades y el aislamiento de la selva, todas las ayudas eran pocas; con alguna de estas familias mantuvo unas buenas relaciones.

Construyendo Sepahua

Asesorado el P. Farruco por el Sr. Prada y sus hijos, que durante la época del caucho habían tenido su centro de operaciones en Sepahua, había escogido el lugar de la futura misión cercano a la desembocadura del río Sepahua. De inmediato adquirió terrenos para hacer chacras, sembrar frijoles, plantar árboles frutales, yuca, y construir las viviendas de la Misión.

Merecería la pena transcribir el amplio relato que realiza sobre la construcción de las vivien-

das que hacen los piro, verdaderas obras de artesanía. Tan solo nos haremos eco de su comentario final.

Fue para mí una experiencia muy interesante el ver desde el comienzo la construcción de una casa en la selva sin emplear ni un solo clavo. Seguí con todo interés y fijándome en todos los detalles se me grabaron bien; claro que más tarde vi construir muchas más casas...

Mientras los nativos piro iban edificando las viviendas de la misión, el P. Farruco para entretener su tiempo quiso abrir un camino entre la maleza de la selva desde la misión hasta la plantación de los árboles frutales. No le fue tan fácil orientarse, desviándose a los pocos metros por completo. Fue otra de las lecciones que aprendió: la facilidad con que uno pierde el rumbo, desorientándose por completo en la espesura y enmarañada selva. Otra lección necesaria: *el machete era imprescindible para todo y a todas las partes se llevaba ya fuese por monte o por río.*

Muerte de Monseñor Enrique Álvarez

Todos los trabajos de la construcción de la Misión del Sepahua, tuvieron que ser abandonados al recibir la inesperada noticia del naufragio y muerte de Monseñor Enrique Álvarez sucedida a primeros de junio de 1948. Con cinco piro *de toda confianza y buenos bogas, y una canoa bastante grande* salieron rumbo de Quillabamba.

El trayecto hasta el Pongo de Mainique, aduana natural de entrada y salida a la llanura selvática, sirvió al P. Farruco para tomar notas y observaciones de la aventura de un nuevo viaje por la selva que duró varios días, pero sobre todo, lo que más llamó su atención fue el mismo Pongo de Mainique:

El Pongo Mainique es impresionante. Los altos cerros comienzan de repente. Una alta sierra se ve ya de muy lejos como cerrando el horizonte que tenemos delante y parece imposible que el río la pueda atravesar porque no se distingue ninguna garganta o paso en aquel muro... Cuando uno ya está casi al lado ya se distingue una estrecha garganta como un gigantesco corte de hacha hecho en la sierra. Son murallones completamente rectos los que dejan pasar al río como si estuvieran cortados a tajos. A la entrada salen unas rocas del muro como unos contrafuertes de unos ocho metros de grueso que sobresalen hacia el centro del río igual que si fueran murallones derribados por el ímpetu del agua, como parte del muro de una antigua presa hecha por los hombres y rota de golpe.

No hay correntada allí sino un gran remanso donde el agua sale del fondo como borbotos hirviendo de una olla en el fuego. Debe ser aquello profundísimo pues el río se estrecha tanto en aquellos dos murallones que salen de las paredes de las orillas que parece que no hay veinte metros de uno a otro. Unos arroyitos caen de la altura estrellándose en las rocas y que en invierno

o tiempo de aguas seguramente caen en el mismo río. Es una vista muy bella y grandiosa. Más tarde cuando se formó la misión en el Timpía, visité varias veces aquello y nunca se cansa uno de contemplarlo. Es algo impresionante.

No sin dificultades cruzaron el Pongo Mainique, y una vez más quedó admirado de la habilidad de los buenos bogas piros para sortear los fuertes y peligrosos remolinos que en ese lugar genera el río Urubamba. Nada más cruzar el Pongo fueron acogidos por el hacendado Fidel Pereira, dueño de una extensa hacienda trabajada por machigengas. El P. Farruco, dice de él: *era un viejo alto y flaco con una larga barba blanca. Como había cursado la carrera de leyes en el Cuzco era de conversación muy agradable e interesante.*

Después de unos días en casa de Fidel Pereira, llegaron al lugar donde se había producido el naufragio y muerte de Monseñor Enrique Álvarez, cerca de la desembocadura del río Siria-lo. Después de rezar un responso, el P. Farruco lamenta que *en aquel sitio nada peligroso hubiese ocurrido aquel accidente.* Según relata debió ser una mala maniobra realizada por los que manejaban la canoa, y también la inexperiencia o falta de decisión del obispo para abandonar la canoa. Fray Agustín Ruiz y el P. Domingo Elorza lograron salvarse. En este lamentable episodio, acaecido el dos de junio de 1948, murió ahogado también un machiguenga que quiso auxiliar al obispo.

Después, siguieron camino hacia la Misión de Koribeni, donde les recibió el P. Ciordia, que abra-

zó al P. Francisco y felicitó a los bogas piros *por lo bien que habían subido la correntada sin esfuerzo y sin usar el remo para nada sino solo las tanganas de proa y popa*. Después de Koribeni, subió a la Misión de Chirumbia para saludar al P. José Rodríguez y a fray Luis. Y de ahí finalmente a Quillabamba, donde se entrevistó con el P. Graín, que había quedado otra vez como Administrador Apostólico al fallecer Monseñor Álvarez. Le dio cuenta de las obras realizadas en Sepahua, recibiendo la aprobación y animándole a que prosiguiera su trabajo y dándole de compañero a Fray Agustín Ruiz.

Una vez que hubo despedido a los buenos bogas piros para hacer el camino de regreso a Sepahua, y haber regalado su rifle al P. Ciordia, el P. Farruco prosiguió su viaje a Lima, vía Cuzco. Finalmente, anota en su diario, el viaje de Sepahua a Quillabamba les llevó casi un mes, contando todas las paradas en el trayecto en Timpía, Pangoa, Koribeni y Chirumbia.

De Lima a Sepahua

La muerte de Monseñor Álvarez había cambiado los planes en la fundación de la Misión del Sepahua, así que según lo acordado con el P. Graín, el P. Farruco se dirigió a Lima donde recogió a Fray Agustín para poner rumbo a Sepahua el 19 de Agosto de 1948, no sin antes recibir *los muchos y muy provechosos consejos del P. Wenceslao*, de los que le quedaron en la memoria los más fundamentales: *hacer lo más pronto posible una escuelita con los niños que hubiera, pocos o muchos; otro muy*

importante para mi seguridad, que nunca me internase solo en la selva, y muchísimo menos sin machete ni arma de fuego, pues de cien probabilidades noventa y nueve serían de perderme y una escasa de salir del monte, contándome algunos casos que a él mismo le habían sucedido. Estos dos consejos se me grabaron bien y los cumplí al pie de la letra.

La llegada de ambos misioneros a Sepahua, es un canto emotivo a la austeridad más profunda:

Acabamos de llegar después de un mes justo de peregrinación por la selva y el río. Hará tres meses que dejé esta casa a medio construir al enterarme de la muerte de nuestro Sr. Obispo... La maleza ya penetra al interior de la casa... Sentados sobre cajones porque no hay otros asientos, contemplamos un rato el escaso panorama que se extiende ante nosotros: a un lado el monte que a pocos metros se pierde en la llanura inmensa de la selva; al otro las tranquilas aguas del río Sepahua. Al cruzarse nuestras miradas empezamos a reír.

Nos hallamos ya instalados en nuestra Casa Misión, que no tiene ventanas ni tabiques, ni puerta alguna. Es un simple techo que hice hace tres meses de hojas de palmera, sostenido por horcones de palmera. Por eso nos reímos, porque ya estamos instalados y no tenemos absolutamente nada más que lo que trajimos con nosotros hace media hora... Después de la cena, preparada por Fray Agustín, rezamos el Rosario y nos acostamos felices sobre una man-

ta que cada cual puso sobre el suelo, que hizo de catre y de colchón. Naturalmente, tendimos nuestros mosquiteros, que semejan tiendas rectangulares de campaña en las que se reflejan los rayos de la luna...

4. Vida de gitanos

La mayor parte de los primeros misioneros tuvieron que iniciar sus viajes por los ríos en las embarcaciones de los caucheros, comerciantes o hacendados. Esto suponía un sacrificio añadido, al estar condicionado su viaje pastoral a los intereses de los dueños de los transportes por el río.

Uno de los primeros viajes que hizo el P. Farruco, surcando el río Urubamba, fue en el bote de diez toneladas de un comerciante catalán, que como era lógico tenía un camarote individual donde él dormía. *Los demás -cuenta el P. Farruco- dormíamos en la cubierta de la embarcación, que tenía un buen techo en el que traía bidones vacíos y unas jaulas de gallinas.*

En otra ocasión, acompañado de un comerciante llamado Guzmán no le fue mucho mejor:

Durante una temporada me alojé en una casita vacía,

-una choza-, que solo tenía techo de hoja, pero sin ninguna pared que la protegiese. Allí sobre una estera puesta en el suelo dormí unos días, hasta que Guzmán que dormía junto al techo sobre unas tablas, añadió algunas de las que estaba aserrando, y me invitó a subir donde él dormía, pues así estaba más aislado y tranquilo por la noche; subí por una escalera de mano todas mis cosas, que puse en un rincón y acomodé mi mosquitero sobre las tablas. En aquella vida de gitanos unos se acomodaba a todo.



Rosalía: niña matsiguenga del Manu, comprada por un hacendado para ser vendida en Atalaya y rescatada por el P. Francisco. Con ella se inicia el internado de Sepahua.

Tampoco estaban libres, en estos viajes por el río, de los naufragios. Ya hemos relatado el naufragio que costó la vida a Monseñor Enrique; el Vicariato de nuestras misiones tuvo que sufrir algunas muertes más por esta causa. El P. Farruco padeció algunos naufragios, aunque como él mismo dice: *En mis veintitantos años de la vida por los ríos de la amazonía peruana, tuve que probar varios naufragios. En ninguno me ahogué porque sabía nadar algo.*

Lo que no pudo evitar fue la pérdida de toda clase de implementos y materiales, que con gran sacrificio había adquirido para levantar la Misión del Sepahua. En el camino de entrada hacia Sepahua con Fray Agustín, a punto estuvieron de perder los utensilios y herramientas con que iban a iniciar la vida en la Misión, pues aunque habían tomado todas las precauciones para dejar bien amarrada la canoa en la orilla durante la noche, *en la mañana al despertarnos encontramos la canoa sumida y llena de agua, pues al responsable de la canoa se le olvidó advertirles que a la canoa le entraba agua por una raja del fondo... Se nos mojó todo lo que traíamos, menos la máquina de coser y la radio. Sacamos todo y lo fuimos poniendo al sol sobre las piedras del cascajal y a media mañana ya esta todo seco y de nuevo encajonado. Algunas casullas se destiñeron un poco y unas albas se mancharon, pero nada más.*

En alguna otra ocasión fue bastante peor, pues la lancha «Urubamba», en la que había embarcado todo el material para hacer la casa de las Misioneras Dominicanas y el internado de

las niñas, naufragó y se perdió por completo. Afortunadamente y gracias a la experiencia, había contratado un seguro, y no sin cierta satisfacción nos dice: *«Felizmente me pagaron todo lo perdido».*

Como resumen de todas estas andanzas y peregrinaciones por los ríos y playas del Bajo Urubamba, copiamos literalmente un hermoso y emotivo párrafo del capítulo de su diario que titula: *Como gitano por el río Urubamba.*

Leíamos en la vida de los santos que andaban descalzos y dormían en el duro suelo sin ningún colchón o cuando lo tenían ponían una tabla en la cama. Creíamos que estas cosas eran de gran heroísmo, pero al llegar a las misiones ya se nos quitó el susto y la admiración de ver estas cosas. Ya en las alturas de Bolivia vimos mucha gente que andaba descalza por las calles y los campos; en Puno y Cuzco seguimos viéndolo y los mismo en Quillabamba y otras partes, y fuimos perdiendo el concepto de que el andar descalzo constituía una penitencia. Y el dormir en el suelo parecería más extraño, pero ya en Quillabamba nos enteramos que los indios y machiguengas por lo general dormían en el suelo sobre una estera. Hasta llegar a Koribeni no lo vi.

Cuando me fui al bajo río Urubamba ya estaba bien curado de ese espanto. Ya me parecía lo más natural dormir sobre una estera o sobre un costal o cosa parecida. Ya en el frente en la guerra española habíamos probado eso bastantes veces... Como dice el refrán: no hay que pedir tanto

a Dios una buena cama como el buen sueño. El cuerpo se habitúa a todo y muy pronto. Cuando fui por el Bajo Urubamba mi cama consistía en dos mantas delgadas, dos sábanas y un mosquitero. Una manta para debajo para no ensuciar las sábanas y la otra encima por si hacía fresco, que rarísima vez lo hacía y por lo tanto se tenía al lado. El mosquitero era lo más necesario por los zancudos que había en todas partes y no dejaban dormir a uno y le acribillaban sin compasión de noche. Los indígenas tanto machiguengas como piros solamente cargaban una o dos mantas y el mosquitero. Las sábanas eran un lujo y un estorbo para ellos, y tenían razón y muchísimas veces nosotros tampoco las teníamos. Cuando se generalizaron los nylon, suprimimos una manta, la de abajo, pues ocupaban los plásticos mucho menos sitio. Yo solía llevar dos, uno para poner debajo, y otro encima del mosquitero para preservarlo del rocío de la noche y no tener que poner después el mosquitero al sol para que se secase del rocío.

Las playas de arena eran por lo general muy blandas y cómodas, y cuando se dormía en una casa las tablas ya tampoco nos parecían duras y se dormía por lo general bien. Los amahuacas dormían en cualquier parte tal como estaban si no tenían su hamaca. Se acurrucaban sobre un banco o cualquier rincón blando o duro, y de cabecera ponían una piedra o un tronco y dormían perfectamente. El poner una piedra

o un tronco de cabecera muchas veces también lo empleé yo, claro que me quitaba la camisa y la ponía también encima de la piedra para que asentase mejor la cabeza. Así que el andar descalzos y dormir en el suelo con una piedra o palo de cabecera ya tampoco nos impresionaba y era el pan nuestro de cada día. Verdad que el espíritu con que lo hacían los santos era muy meritorio porque lo hacían por mortificarse, pero los indios y nosotros también, ya no lo hacíamos con ese o por ese objeto, sino porque no teníamos otra cosa u otro remedio...

5. En la escuela del P. Elicerio

Y de nuevo en contacto fraternal con los franciscanos de Atalaya, con quienes comparte durante unos días los duros reveses que habían sufrido en el Puesto Misionero de Puerto Ocopa, a causa de un fuerte terremoto el año anterior. Por fin dispuestos a emprender la última etapa para llegar a Sepahua, no sin sufrir alguno de los normales incidentes y contratiempos de los que solían acontecer cuando se viajaba por los ríos de la selva, llegaron a Sepahua el 18 de Septiembre de 1948, en cuya fecha, en compañía de Fray Agustín y *algunas familias piras*, se inauguró la Misión del Sepahua. Las palabras textuales del diario del P. Farruco están impregnadas de sencillez evangélica:

A ninguno se nos ocurrió hacer algún acto de inauguración de la casa y de la misión.

Se nos olvidó completamente lo que solían hacer los fundadores de una población. Como éramos principiantes solamente nos pusimos a vivir y a trabajar allí como unos humildes misioneros que comienzan a roturar el terreno y sembrar la primera semilla. Dios se encargará de hacerla crecer poco a poco con el tiempo.

El nuevo puesto misionero empezó como casi todos los Puestos del Vicariato, es decir, con gran austeridad: *Ya teníamos yuca para comer...* Con estas palabras empieza el P. Farruco el relato del inicio de la vida de la Misión del Sepahua. En esta sencilla frase se encierra un suspiro de alivio y satisfacción, ya que nada más adquirir el terreno para levantar la futura misión del Sepahua, lo primero que había hecho



Niños Yaminahuas con el P. Francisco en el río Mapuya.

fue comprar una chacra (campo de cultivo), y prepararlo para plantar yuca, alimento fundamental en la selva; también, como ya dijimos anteriormente, le habían levantado los piros una sencilla casa donde vivir, situada *en la margen del río Sepahua a unos trescientos metros de la desembocadura con el río Urubamba*. Como complemento de estos primeros pasos nada más llegar encargó a Fray Agustín que construyera una escuela.

Primeros contactos con los amahuacas

Una de las tribus más cercanas a la recién inaugurada Misión del Sepahua eran los amahuacas, que según el P. Farruco, *eran los más salvajes de toda la zona y se habían hecho famosos por sus ataques a los puestos de los civilizados en tiempos del caucho. Vivían casi completamente aislados de las demás agrupaciones indígenas y apenas tenían contacto con sus vecinos los piros...* Más aún con los yaminahuas, otra tribu de la zona, *continuamente estaban atacándose*. Cuando el P. Farruco se ganó la confianza de Elías, el jefe de los amahuacas, y le preguntó *para qué quería una escopeta del calibre 17 y un rifle del 44, le contestó que para matar sachavacas, tapires y yaminahuas. Había ya matado unos cuantos con aquella arma...*

El primer encuentro con los amahuacas, se debió a que Elías, el jefe de los amahuacas, acudió a la Misión del Sepahua en busca de ayuda, ya que *toda su gente estaba enferma*

de gripe. No sin consultar antes a un joven empleado del hacendado-maderero Sr. Basagoitia, llamado Luis Guzmán, que en esos días estaba serrando madera para levantar la escuela de la Misión. Este se ofreció a acompañarle, diciéndole que el hecho de acudir el mismo jefe de los amahuacas, era garantía de que no habría problema, como así sucedió. Afortunadamente, las inyecciones que les puso el P. Farruco, y los consejos que les dio tuvieron un rápido efecto y *se curaron muy bien*. A estas curaciones de la gripe siguieron las de otras enfermedades, de tal manera que *desde entonces toda la tribu de los amahuacas quedó muy agradecida conmigo ya se detenían siempre que bajaban, quedándose muchas veces en la Misión varios días*. Más adelante algunos amahuacas se quedarían a vivir permanentemente con el misionero.

Un problema que encontró durante su estancia con los amahuacas, fue el de la comida, sobre todo cuando provenía de la caza, que generalmente era de monos, aunque también hace alusión a un roedor conocido con el nombre de Majáz cuya carne *era de las más finas de la selva*. Pero la manera de cocinarlo dejaba mucho que desear. Así que el P. Farruco al ver que sacaban un trozo para él *sin quitarle los pelos... y que las tripas las habían también echado dentro de la olla, sin limpiar nada – confiesa el Padre- me dio asco...* Entonces prefirió ir a la olla donde se había cocinado el mono, *pero al quererle clavar el diente, vi que estaba durísimo. Ya me extrañaba mucho de que se hubiera cocinado tan pronto, pues al*

primer hervor lo habían apartado del fuego y comenzaron a comerlo. Quedé maravillado de los dientes que tenían, y tomando unos trozos los puse en otra olla, la coloqué al fuego y después de bien cocida pude comer a gusto la carne. No me agradó el gusto que tenía a quemado porque antes habían chamuscado el pelo de mono, por lo que las demás veces procuré antes de que lo chamuscasen cortarle una pierna y pelarla quitándole el pellejo sin chamuscarla, y así sabía muy bien sin sabor a pelo quemado. También me dieron a probar el muetó, que era maíz tostado, muy bien molido y mezclado con cacahuete. Se tomaba a puñaditos y sabía muy bien. Naturalmente de vez en cuando había que tomarse unos sorbos de agua porque la saliva se secaba con la harina.

Pero también los amahuacas tuvieron que esforzarse para entender algunas expresiones culturales-religiosas de los misioneros, como nos lo recuerda el P. Farruco a propósito de la celebración de la misa de Navidad:

Después de la misa, vino el acto de besar al Niño. Los muchachos estaban pendientes de este momento para ver que hacían los amahuacas, porque el beso es desconocido para estas tribus. Al ver que los demás acercaban la cara hacia la imagen del Niño Jesús, pero sin ver lo que hacían, ellos hicieron también lo mismo, y se limitaban a olerlo o pasarle la lengua por encima, entre la risa de los niños que lo contemplaban, y les decían: ¡Bésalo, bésalo! Y ellos se retiraban confusos sin saber lo que significaba besar.

Los hombres aprovechaban las velas del altar o del nacimiento para encender sus pipas o cachimbas con risa también de los niños, mientras los fumadores no sabían porque se reían. Algunos más tranquilos seguían encendiéndolas y dando unas chupadas marchaban extrañados de los chicos, que les hacían señas para que no fumasen en la iglesia; marchaban refunfuñando entre dientes extrañados que no pudiesen fumar dentro de la iglesia.

*Ahora ya pasados los años –concluye con satisfacción el P. Farruco– ya todos los niños piros y amahuacas saben las primeras letras y algunos adultos también. Ya no llegan grupos de amahuacas completamente desnudos y no encienden sus pipas en la Iglesia. Aunque para lograr que los amahuacas llegaran vestidos a la presencia de las Misioneras, el P. Farruco tuvo que utilizar una de sus habituales ocurrencias, diciéndoles que: *Las Madres se enfermarían y podrían morir si veían a los hombres desnudos.**

Maestro de escuela

Nada más «terminada la casita para la escuela», el P. Farruco anunció a los piros que iba a poner clases a los niños y niñas que llegasen, lo cual fue muy bien aceptado. Luego consultó a los padres que si querían les enseñase las primeras letras en piro o si lo preferían en castellano. Todos le contestaron que en castellano. Obviamente los padres eran conscientes de que el nuevo idioma facilitaría la relación con el resto de la sociedad peruana

que ya empezaba a estar presente en la misma selva.

El P. Farruco manifiesta con satisfacción que la asistencia a la escuela *fue todo un éxito pues al poco tiempo tenía más de cincuenta alumnos*. Esto además supuso otro bien para la Misión del Sepahua: *se fueron acercando los papás a la Misión para evitar que los niños no peligrasen al tener que venir en canoas todos los días a la escuela*. Al año siguiente, al tener alumnado suficiente, el P. Alegre, que era Inspector Distrital del Ministerio de Educación, le nombró Maestro de la Escuela Mixta de Primer Grado, lo que supuso un sueldo de seiscientos soles que le debió venir muy bien a la Misión.

El progreso de sus alumnos en el aprendizaje de la nueva lengua fue rápido, pues cuenta el P. Farruco, que el Párroco de Pucalpa que visitó la Misión quedó gratamente sorprendido, y al preguntarle cómo lo había conseguido, le dijo: *que no había hecho nada especial. Les hago ver la conveniencia de que aprendan y hablen el castellano y sus papás les dicen lo mismo*.

6. Amistad con los franciscanos. El P. Alegre

Ya hemos señalado la gran ayuda que supuso la fraternal acogida de los franciscanos, de Pucalpa, pero sobre todo de Atalaya, con el P. Alegre. El P. Farruco y el P. Alegre en cuanto se necesitaban acudían con rapidez a echarse una mano y eso que el viaje a través del río suponía varios días.

Una muestra de esta auténtica amistad se produjo con ocasión de un grave conflicto que tuvo el P. Alegre con un capitán de un destacamento de soldados de la zona, que cometió una grave irresponsabilidad embarcando en una canoa vieja a más de cincuenta soldados, a pesar de que el cabo responsable le había advertido del peligro a que se exponían al hacerlo. Total, que se produjo un naufragio a consecuencia del cual murieron dieciséis soldados en el río Tambo. El P. Alegre, en una Hoja parroquial que sacaba todos los domingos, exponía los hechos y responsabilizaba de lo sucedido al susodicho capitán. Ni que decir tiene que en aquel escondido rincón selvático el capitán quiso tomarse la justicia por su mano, tratando de detener al P. Alegre, mandando recoger todas las Hojas Parroquiales, publicando un manifiesto contra el P. Alegre, y controlando el correo y el telégrafo. Todo lo cual no tuvo repercusión sobre el Padre que era muy querido por la población de Atalaya. Todo se solucionó al recibir la visita de otro capitán a Atalaya, aceptando las denuncias del P. Alegre.

En esta situación, que debió ser muy expuesta y arriesgada para el P. Alegre, le mandó una carta al P. Francisco por mediación de unos puros, pidiéndole que le acompañase y le ayudase en aquellos momentos delicados. *Bajé inmediatamente –dice el P. Farruco-, y estuve con él quince días; cuando ya todo estaba otra vez en calma subí al Sepahua*.

De una u otra manera el contacto entre ellos dos debió ser frecuente dentro de las dificultades que suponían los viajes por el río.

En una de estas visitas que el P. Alegre hizo al Sepahua, mandó una crónica a la Revista Misiones Dominicanas, que recogía los principales acontecimientos de nuestras misiones. Merece la pena reproducirla:

En pocos lugares podrá contemplarse un cuadro misional más bello e interesante que el que se daba a los pocos meses de iniciarse la misión: el misionero dominico sentado en el tronco de un árbol caído y en su derredor niños de diversas tribus, de habla distinta y enemigos entre sí: piros, amahuacas, chamas y machiguengas, escuchaban atentamente las explicaciones del P. Francisco en el idioma de Cervantes, al que poco a poco les iba acostumbrando, ya que así todos le podían comprender, pues de otra forma como el P. Francisco no tenía el don de lenguas, hubiera sido imposible, cosa que ya lo ha conseguido, pues en la actualidad todos ellos hablan el castellano correctamente. Y así como los niños, unos por el Sepahua y otros por el Urubamba vienen a visitar al misionero, quedándose unos definitivamente y otros por algún tiempo, los selvícolas de estas apartadas regiones, convirtiéndose la misión dominicana en lazo de unión entre salvajes de diversas tribus y faro de civilización y Evangelio el misionero de hábito blanco.

No se ha reducido la actividad del P. Francisco a lo dicho, repetidas veces ha recorrido el bajo Urubamba visitando los caseríos y viviendas de los piros y machiguengas, así como los amahuacas del

Sepahua, y no se da por satisfecho hasta poder visitar las cabeceras del Sepahua, las quebradas o ríos de Cújar, Curiujar y alto Purús...

De parecida manera se expresaba el franciscano P. Dionisio Ortiz, refiriéndose a la presencia nada fácil del P. Farruco en el penal del Sepa, donde según el P. Ortiz *goza de generales simpatías por su espíritu abnegado y bondadoso y se ha ganado la voluntad de todos.*

7. Haciendo de brujo o curandero

Como era lógico, en el diario del P. Farruco hay tres o cuatro apartados dedicados a leyendas, mitos, ritos, brujos ó *kajunchis...*, ocupando un lugar señalado. Estos temas son ampliamente conocidos a través de otras publicaciones relacionadas con las tribus amazónicas, y por ello aquí tan sólo nos limitaremos a describir alguna situación relacionada con el P. Farruco, como es la que él nos describe con un brujo vecino, Julio Paisa.

Julio Paisa solía tener en su casa algún enfermo, y a veces lo llamaban que fuese a la casa del enfermo. Cuando no solía sanar el enfermo me lo mandaba a mí para que lo curase. Cuando la enfermedad no era grave y sin importancia, soplabla a la parte afectada, y a veces a todo el cuerpo con tabaco que fumaba en pipa, echando el humo en la mano la pasaba suavemente



Farruco visitando a familias en el río Sepahua.

sobre la parte afectada del enfermo. Cuando era más grave la enfermedad tomaba 'ayahuasca', que es una liana de efectos alucinantes intensos... Tomando esa infusión de noche se ven muchas cosas a modo de película de cine proyectada en la oscuridad sin estar dormidos. Con ello ven a la

persona, animal o árbol, causante de la enfermedad, y el remedio para curar el enfermo. Para tomar el ayahuasca y que tuviera mejor efecto, hacía dieta una semana antes, privándose de sal y carne de ciertos animales y pescados. Hubo ocasiones que le llegaron seguidos varios enfermos

graves, teniendo que hacer dieta casi un mes seguido, con lo que creí que se iba a enfermar él. No sabía como quitarle la costumbre de ayunar y tomar ayahuasca hasta que me dio la ocasión un viaje que hizo a Quillabamba...

En Quillabamba, a Julio Paisa tuvieron que ingresarle urgentemente pues se puso muy enfermo a causa de una peste que había, y que a él le atacó con mayor intensidad a causa de su debilidad. Parece que en el delirio de su enfermedad le contó a los piros que le acompañaban, sintió que se le marchaba por la punta de los dedos de las manos la virtud de curar. Al regreso al Sepahua el P. Farruco y Paisa mantuvieron el siguiente diálogo:

- ¿Qué te parecieron los seripegaris viracochas?

- Casi me muero y el médico me sanó; era muy buen seripegari.

- ¿Y a que te picaron en la oreja y un dedo, sacándote un poco de sangre?

- Sí; así me lo hicieron.

- ¿Y sentiste que te salían como rayos de tus manos y de los dedos te salía la virtud de seripegari?

- Sí, es verdad. ¿Y tú como lo sabes?

- Porque soy seripegari, y de los buenos como tú sabes. Tomé ayahuasca, y estuve conversando con el doctor del Hospital de Quillabamba, y me contó vuestra enfermedad. Aquí tienes su fotografía. Y le enseñé una revista que

estaba leyendo con una foto que se parecía al doctor que yo conocía y era amigo.

- Sí es ese. ¿Y que te dijo?

- Me contó, que tú casi te mueres y que se había ido la virtud de seripegari por la enfermedad que tuviste.

- Pero voy hacer dieta tres meses y volveré a tenerla.

- No, Julio. Me encargó el doctor de Quillabamba que te dijese que ya no podrías curar más con ayahuasca. Que si alguna vez te pones a curar con ayahuasca a un enfermo te mueres tú y el enfermo. Que puedes hacer dieta una semana y volver a ser seripegari, pero curando solo con tabaco y nunca con ayahuasca.

- Bueno entonces ya no curaré más con ayahuasca y solo lo haré soplando.

Desde entonces —concluye el P. Farruco— el Paisa no curó más con ayahuasca y se repuso muchísimo.

Por el hecho de haber curado a todos los enfermos de los caseríos de arriba del Sepahua, cogí fama de brujo bueno (seripegari), o curandero, entre los piros, amahuacas y machiguengas. Merece la pena conocer el siguiente relato que a continuación cuenta el P. Farruco sobre una de sus curaciones:

Una vez resucité a un niño, al menos así lo creyeron los piros. Llegó una mañana un piro que vivía frente a la desembocadura del río Sepahua a pedirme que le regalase una canoita que teníamos en la misión...

para enterrar a un hijito que se le había muerto. Me fui inmediatamente en su canoa y en el trayecto me dijo que hacía días que no orinaba, y que de eso había fallecido. Llegamos a su casa y vi que aun estaba caliente la criatura de unos ocho años; le puse una inyección de aceite alcanforado, reaccionando enseguida y comenzando a moverse, dejando su madre de llorar. Mandé que trajeran agua caliente y la puse templada con agua fría, sentando en ella al niño que pronto comenzó a orinar. Dejé a todos muy contentos, y les dije que iría todos los días a inyectarle para que sanase bien.

Estuvieron yendo las señoritas misioneras seglares todos los días, y a los ocho días estaba muy mejorado. Un día, me dicen las señoritas que ya no estaba la familia ni el niño porque se habían marchado. A los tres días regresaron con el niño muerto. Pregunté a los piroos que dónde habían llevado al niño. Me contaron que habían ido al monte para darle toé a fin de que sanara enseguida; le habían matado porque le administraron demasiada dosis... El toé es una planta o arbusto que tiene propiedades como el ayahuasca pero mucho más fuertes...

Con legítima satisfacción escribía el P. Farruco: *Reaccionaban estupendamente bien con las medicinas que les administrábamos, y cuando apareció la penicilina curamos a muchos. Pero eso sí, tratando con gran respeto a los que hasta entonces, los brujos o kajunchis, habían tratado de aliviar el sufrimiento humano.*

8. Llegada de las Misioneras Seglares y Dominicanas

Una vez puesta en marcha la Misión del Sepahua, las actividades en los terrenos educativo y sanitario requerían nuevas presencias, pero la llegada de estos nuevos refuerzos no se hizo sin algún conflicto que tuvo que encajar el P. Farruco con su habitual fortaleza, pero no sin sufrimiento. Debido a las largas distancias, las dificultades de comunicación, o el estilo de gobierno de aquellos tiempos, el caso es que cuando menos se lo esperaba y sin previo aviso, llegaron cinco señoritas misioneras seglares, que por añadidura anunciaron que a los pocos días llegarían las Madres Dominicanas. Acogida que, con la escasez de medios y viviendas en la Misión, no se podía preparar de la noche a la mañana.

Aconsejado una vez más por el franciscano P. Alegre, el P. Farruco viajó a Lima para tratar de retrasar la llegada de las Dominicanas al menos un año. En Lima no encontró a ninguno de los Obispos Monseñor Graín y Monseñor Javier Ariz, así que expuso su situación a los Padres del Santuario que le aconsejaron que hablara con las dominicas para que suspendieran el viaje para el que ya tenían sacados los billetes. Fácilmente logró convencer a las misioneras, pero no así a Monseñor Graín, que después de unos meses le envió una carta fortísima, en la que le requería al P. Farruco a explicar *los motivos por los que se había opuesto a las órdenes terminantes de los dos Obispos y del Vicario Provin-*

cial haciendo que las Madres pospusiesen la fundación en Sepahua por un año. Que siendo como era un Superior de una insignificante Misión había tomado determinaciones serias sin consultar a nadie y ni siquiera comunicarlo después al Vicario Apostólico.

A esta dura requisitoria de Monseñor Graín contestó de inmediato el P. Farruco en estos términos:

No era cierto que no lo hubiese contestado. Que tanto los Padres franciscanos de Atalaya y Pucalpa como todos los Padres dominicos de Lima, me habían aconsejado hacer lo que hice, estando convencidos todos de que en aquellos momentos era absurda dicha fundación. Y el no haberlo comunicado a tiempo, tampoco era cierto ya que enseguida escribí a Monseñor Javier a



Con un grupo de niñas en Maldonadillo

Puerto Maldonado, rogándole que se lo transmitiera a él, porque les habían aconsejado o casi ordenado que no le escribiéramos directamente ya que podíamos enfermarle más de lo que estaba, si le exponíamos asuntos y problemas de la Misión. A continuación le describía el estado en que se encontraba la Misión para que viera que no eran infundadas mis razones para hacer que las Madres no fueran aquel año, sino el próximo.

Monseñor Graín al final dio por zanjado el asunto, diciéndole en una carta posterior que aceptaba la situación y que se olvidase de lo sucedido.

Al año siguiente —escribe el P. Farruco—, llegaron las Madres, como Dios manda y fueron recibidas como se merecían. La Misión se encargó de darles alojamiento y alimentación. Se pusieron a vivir en la Casa que teníamos los Padres y nosotros pasamos a otra más humilde. Ellas se hicieron cargo enseguida del internado de las niñas, de la cocina para todos y de las clases de la escuela y del Dispensario. La Misión progresó mucho en poco tiempo; también visitaban los caseríos cercanos de puros y amahuacas.

Posteriormente el P. Farruco consiguió del Ministerio de Educación que se creara un Internado Indígena para cincuenta niños y niñas, concediéndoles una pequeña subvención. También consiguió un potente motor diesel para la carpintería, y un generador.

9. Vicario Provincial de las Misiones

Como indicábamos en la síntesis de su biografía, en Julio de 1956 es nombrado Vicario Provincial. De inmediato y con la acostumbrada eficacia con que se había movido por la selva empezó a recorrer las casas del Vicariato, tratando de abrir caminos, solucionando problemas, y aportando soluciones a los habituales problemas de las relaciones humanas.

El Vicario Provincial, sobre todo los primeros años de historia del Vicariato, tuvo un problema añadido: el estar condicionado, incluso en los destinos de los frailes, por la autoridad del obispo, Vicario Apostólico, que siempre fue dominico. Fueron inevitables los diferentes puntos de vista y roces entre los Vicarios, pero si se quiere aún más con el P. Farruco, que tenía el aval de un gran conocimiento del campo misionero y de sus compañeros de trabajo.

Esta experiencia le sirvió en algunos casos, como en la Misión de Palotoa (Alto Madre de Dios), para echar una mano y asesorar al P. Almaraz, recién llegado de España: *Cuando llegué a la Misión —cuenta el P. Farruco— solo estaba el P. Almaraz con un misionero seglar, y me dio mucha pena el estado de la Misión.* Indicó al P. Almaraz el cambio de lugar de la Misión, situada entonces en un terreno fácilmente inundable, el tiempo adecuado para sembrar las verduras para que no se le malograrán, y les construyó una canoa, imprescindible para la misión.

El P. Farruco, no sin pena, se despidió del novel misionero y su acompañante: *Tanto el P. Almaraz como el misionero seglar que le acompañaba nada sabían de la selva, y los pobres desconocían todo. Naturalmente la buena voluntad muchas veces no suplía ni bastaba para solucionar todos los problemas. A fuerza de fracasos y de lucha tuvieron que irse amoldando.*

Recibe al Provincial, P. Aniceto Fernández, y después de acompañarle en una maratónica visita por las casas del extenso Vicariato, el P. Farruco al regresar a Lima tiene que ingresar en una clínica a causa de una fuerte anemia. Sobre la visita con el Provincial, escribió: *Las peripecias y anécdotas con el P. Aniceto merecen ser escritas aparte ya que son interesantes.* Es una lástima que no las haya dejado recogidas en su diario, pues hubieran dado de sí para recoger otro apasionante y entretenido capítulo de su peregrinar misionero.

10. Expedición al Purús

Apenas recuperado en Lima de su anemia, programa una expedición a los límites del territorio misionero del Vicariato: la región del Purús, situada en la frontera con Brasil. Tal expedición estará compuesta por el P. Gea, *cargado de máquinas y aparatos técnicos que nos atolondra*; Fr. Jaime Mateos, *buen popero con remo y tangana*; un joven amahuaca llamado Ochambá, *como intérprete para con las yaminahuas*; un señor llamado Arévalo, *como guía de la ex-*

pedición, que cometió algún error que otro, sobre todo al equivocarse en la elección de una de las quebradas que había que cruzar. Y finalmente él mismo, que según sus propias palabras no exentas de su pizca de humor: *iba como mitayero o cazador de la expedición y de general en Jefe.* Salieron de la Misión del Sepahua, *cantando la canción del Pirata, encomendándonos a todos los Santos y en especial a Santa Teresita del Niño Jesús, escogida especialmente para que nos guíe en esta expedición.*

Falta les iba hacer la protección divina en ese recorrido que llegó a durar tres meses. Tuvieron que cruzar un buen número de quebradas que unas veces apenas tenían cuatro dedos de agua, impidiendo la navegación en canoa, y otras su cauce aumentaba en pocas horas subiendo más de diez metros de su nivel normal, teniendo que trasladar a toda prisa el campamento que habían instalado a una distancia prudencial de sus orillas.

Afortunadamente para ellos, en el camino encontraron a diez piros y amahuacas conocidos de la Misión del Sepahua, que fueron una ayuda fundamental para atravesar el Varadero —espacio de tierra por donde había que cruzar para trasladarse desde las quebradas del Sepahua a los afluentes y quebradas del río Purús. Aún así el esfuerzo que hicieron estos quince hombres fue grande, pues distancias que normalmente se recorrían en algo más de una hora, al tenerlas que hacer portando canoas y suministros, tardaron doce días *trabajando tremendamente.* Aunque el temor a ser picados

por alguna víbora o raya no se cumplió, lo que sí es verdad es que *quedamos todos con los pies en carne viva de andar tanto por el agua, la arena y arrastrar las canoas. El Hermano Fray Jaime como era quien hacía más fuerza, y llevaba el peso de lo peor, se le pusieron los pies tan mal, que no pudo aguantar más y tuvo que descansar tumbado en el campamento unos tres días.*

Una vez situados en la cuenca del río Purús se despidieron de los piros y amahuacas que tanto les habían ayudado, y continuaron camino del término de su viaje, no sin antes tener que enfrentarse con el variable y sorprendente cauce de las quebradas, que en ocasiones les puso en situaciones muy complicadas, como la que nos describe a continuación:

... El río se puso cada vez más feo. Meneudearon las correntadas y con ellas el peligro de zozobrar. Fr. Jaime mostró una habilidad extraordinaria como buen popero con remo y tangana. Más de una vez nos vimos en serio peligro de estrellarnos contra las peñas. Con confianza ilimitada acudí a la Virgen, pidiéndole que no se nos rompiera la embarcación con los golpes que dábamos contra las rocas que apenas aparecían en la superficie, y como íbamos a toda velocidad, ni tiempo había para soslayarlas. Alguna vez nos quedamos colgados de un palo, que de pronto hallábamos atravesado en el río, y que era imposible evitar el rudo golpe contra él. Tuvimos que pasar más de cincuenta tremendas cachuelas o cascadas; algunas de ellas con más de dos

metros de desnivel. En las más grandes tuvimos que descargar, pasar la carga al otro lado, y después tirarnos con la canoa.

Lo peor de todo es que a la postre nuestro valiente misionero contrajo el paludismo. En la crónica, que envió el P. Farruco a Misiones Dominicanas, nos dice: *Con un aguacero tal encima de nosotros no pude librarme del paludismo que todo habitante de la montaña lleva siempre sobre sus costillas como una amenaza constante. Días más tarde tendría otros dos ataques del dichoso paludismo.* En su diario ya más detalladamente nos dice:

En el varadero me atacó fuertemente el paludismo, y apenas comía nada pues todo lo devolvía. Bajamos a remo por aquellos riachuelos que cada tarde iban aumentando con lo que nuestra marcha era bastante rápida. Una tarde empezó a llover con tanta intensidad que no pudimos acampar en ninguna parte y tuvimos que pasar la noche en la embarcación amarrada en la orilla. De nuevo me atacó el paludismo al estar todos empapados de agua por la noche. Al amanecer hallamos la quebrada completamente crecida y salimos uniéndonos a los troncos de los árboles que arrasaba la corriente, llegando antes de mediodía al río Purús donde prendimos el motor siguiendo ya más cómodamente. Mandé que atracásemos porque me sentía muy mal y así lo hicimos... En el caserío de Esperanza –final del viaje–, nos instalamos en una casa. Allí seguí enfermo. Me desmayé varias veces por lo que el Padre Gea se

decidió a pedir que viniese un avión a recogerme... A los pocos días se presentó el avión militar en el que vino Monseñor Javier y yo regresé con él yendo a dormir a la Misión franciscana de Satipo. De Satipo pasé a Lima donde me repuse bastante.

Viendo los que le rodeaban el lamentable estado de su salud, y por indicación del Padre Provincial Aniceto, regresó a España. Cerraba

su primera estancia de quince años en las misiones del Perú, con esta hermosa y sacrificada entrega en la expedición del Purús. En España, asistió al Capítulo Provincial celebrado en 1958, donde presentó su dimisión como Vicario Provincial. Con ello finalizaba la etapa más brillante de su vida, y también una de las más gloriosas y desconocidas páginas del Vicariato Dominicano de Puerto Maldonado.



Navegando por el río en el bote «El Rosario» de la Misión de Sepahua